

Metaficción y costumbrismo

Carlos Losilla

En uno de los mejores cuentos de este libro, *El revisor parado*, un hombre joven y al parecer culto de una "ciudad de Poniente" cualquiera (pág. 177) narra la historia de otro, un empleado de los ferrocarriles en paro, que se precipita en los abismos de la locura por culpa de una ficción: un relato sobre Cagliostro cuyo *effet du réel*, que diría Barthes, se le hace tan intenso que acaba creyéndoselo a pies juntillas.

Pues bien, he aquí expuestas concisamente las constantes de este libro, extraño y desigual, inquietante e irregular, pero, en cualquier caso, definitivamente fascinante: un marco costumbrista siempre situado en pequeñas y brumosas poblaciones norteñas, una admirativa devoción por esos paisajes y esas gentes, un denodado gusto por los juegos con la ficción y el arte de narrar historias, y, *last but not least*, una reivindicación de la tradición fabuladora del Poniente español a través de una muy jugosa, casi borgiana reflexión sobre la realidad y sus bifurcaciones.

Demasiadas cosas para meter en un cesto tan pequeño, dirán algunos malpensados. Pues miren ustedes: sí y no. Es muy cierto que Antonio Pereira -un autor de culto, muy admirado en ciertos círculos, y con una ya larga historia editorial a sus espaldas- aun intentando constantemente equilibrar la balanza y convertir *Las ciudades de Poniente*, premio Torrente Ballester 1993, en una condensadísima mezcla de retrato geográfico y disquisición sobre la naturaleza del cuento y el relato, no siempre acaba consiguiéndolo: el libro tiene sus joyas pero también su bisutería.

Y, sin embargo, también es verdad que, en ciertas ocasiones, el intenso, genuino fulgor de algunos de esos diamantes en bruto hace olvidar todo lo demás.

Vayamos por partes. Cuando Pereira, por ejemplo, se deja llevar con demasiado entusiasmo por esas extravagantes, autocomplacientes descripciones de gentes y lugares tan de su agrado, por otro lado siempre sustanciosamente ricas en detalles ya la vez deliciosamente elípticas, los relatos se estancan, se encierran en sí mismos con puntillismo y minuciosidad dignos de mejor causa. Es el caso de cuentos como *La ciudad visigoda* o *El encargo*, por mencionar sólo dos: miniaturas casi autistas que acaban cayendo, sin pretenderlo, en la anécdota y, a veces, el chiste

fácil.

Por el contrario, cuando el localismo a ultranza se difumina y Pereira opta colateralmente por la fabulación, por el misterio, el fantastique o simplemente el absurdo, entonces su poderoso estilo cobra cuerpo, su prosa oblicua y esquinada tiene a lo que agarrarse y sus evocaciones son capaces ya de crear un universo propio, de una densidad estilizada y febril, más allá del mero esbozo mitificador. Y ahí están *La batuta*, *El final de Santiago Velasco* o la maravillosa *Aventura de un fabricante de madreñas* para demostrarlo: sus narradores en primera persona que nunca cuentan su historia, sino la de otros, como si necesitaran un filtro distanciador para reflejarse a sí mismos; sus antihéroes a pesar suyo que terminan devorados por sus propias ficciones, en una bonita metáfora de la literatura como aniquiladora de la vida; e incluso sus tipos obsesionados por algún episodio de su pasado que necesitan referir al lector quizá para exorcizarlo definitivamente...

El muestrario es amplio, pero no tan disperso como parece, pues estos endiablos laberintos metaficcionales, estas sutiles operaciones metaliterarias, acaban confluyendo precisamente en un doloroso descubrimiento: el convencimiento de que los idealizados ambientes en que transcurren los fragmentos menos afortunados de *Las ciudades de Poniente* no sólo son una realidad que ya no existe, sino también un universo carcomido, fagocitado por su propia representación literaria, como le ocurre al desgraciado protagonista de *El revisor parado*.

Sin duda se trata de una situación compartida, a su manera, por muchos otros narradores españoles de hoy, empeñados, como dice José-Carlos Mainer en un libro espléndido. *De postguerra (1951-1990)*, en observarse en el espejo o refugiarse en la literatura, seguramente a falta de mayores certezas. Pero la manera a la vez desenvuelta y erudita con que lo hace Pereira en sus mejores momentos sólo demuestra una cosa: que, a pesar de sus indudables lagunas, nos encontramos ante uno de los fabuladores más interesantes y personales de la literatura española de ahora mismo.